

of drums: toc-toc). At that hour the moon had reached the summit of its brilliance, and all the doves scattered over the moon. But from a distance those birds looked like butterflies, great, sparkling flies. The doves flew over the moon, pecking at it, caressing it.

All of this became clearer as I watched the scene from the black forest of orange trees. And my grandparents sitting there, frozen, thier cloaks a pale pink, thier ill-fated braids.

They always held some too-brilliant thing in their hands; they showed it; they hid it. Is it a fallen dove? I stepped closer, looking, asking—Or is it a little hare from among the irises?

But they always gave me the strangest reply.—It is a saint, they said.—It is San Carlos, San Cristóbal, Santa Isabel.

I cannot put my memories in order.

The moon wrecks them every time.

xix

Beyond the land, through the air, in the full moon's light, like a lily's stem, it loads its side incessantly with hyacinths, narcissi, white lilies. The wolves draw back at the sight of it; the lambs get down on their knees, crazy with love and fear. It moves on, goes off like an errant candelabra, a bonfire; it goes towards the house, passes the cabinets, the hearth; with only a glance it burns the apples, illuminates them, wraps them in candied paper; it flings colored stones into the rice; it makes the bread and pears glow. It drives itself into the table like a November yucca branch; it hunts a star, it stuffs itself with candles, pine nuts, little bottles. It breaks into the bedroom, spins over my dream, over my wide-open eyes; it floats in the air like a three-tiered crown of pearls, a lamp. It is a fish, a coral branch outside the water, each piece of coral as swollen as a bud or a lip. It flies back toward the moon; it scares the horses and owls, who break into flight and instantly stop. It calls to me. To me, sleepless, and we go off beyond the hills, away from the night workers who tried to mow it down like a hydrangea.

xxiii

The gladioli are made of marble, of pure silver, of some ghostly fabric, organdy; they are the bones of Most Holy Maria; they are

still walking through this world.

For a long time these spectral stems have followed me. At night they come in through the window; if I am sleeping, they enter my dream; if I am awake, I find them standing at the foot of my bed.

The gladioli are like the angels, like the dead. Who can free me from that tenuous stem, from the gaze of that blind man?

xviii

I remember the white, folded cabbages—white roses of the earth, of the gardens—cabbages of marble, of most delicate porcelain; cabbages holding their children inside.

And the tall blue chard.

And the tomato, a kidney of rubies.

And the onions wrapped in silky paper, rolling paper, like bombs of sugar, salt, alcohol.

And the gnome asparagus, turrets of the kingdom of gnomes.

I remember the potatoes, and the tulips we always planted among them.

And the snakes with their long, orange wings.

And the tobacco of fireflies, who smoked without ceasing.

I remember eternity.

historial de las violetas ⁽¹⁹⁶⁵⁾

xi

El gladiolo es una lanza con el costado lleno de claveles, es un cuchillo de claveles; ya salta la ventana, se hincan en la mesa; es un fuego errante, nos quema los vestidos, los papeles. Mamá dice que es un muerto que ha resucitado y nombra a su padre y a su madre y empieza a llorar.

El gladiolo rosado se abrió en casa.

Pero, ahuyéntalo, dile que se vaya.

Esa loca azucena nos va a asesinar.

xv

Los hongos nacen en silencio; algunos nacen en silencio; otros, con un breve alarido, un leve trueno. Unos son blancos, otros rosados, ese es gris y parece una paloma, la estatua de una paloma; otros son dorados o morados. Cada uno trae — y eso es lo terrible — la inicial del muerto de donde procede. Yo no me atrevo a devorarlos; esa carne levisima es pariente nuestra.

Pero, aparece en la tarde el comprador de hongos y empieza la siega. Mi madre da permiso. Él elige como un águila. Ese blanco como el azúcar, uno rosado, uno gris.

Mamá no se da cuenta de que vende a su raza.

xviii

A esa hora, los animalitos de subtierra empezaban su trabajo, (los que usan saco duro y laboran al ritmo de tambores: toc-toc). a esa hora la luna llegaba hasta aquel sitio logrando su máximo fulgor; y el palomar se desataba sobre la luna; pero esos pájaros, de lejos, parecían mariposas, grandes moscas centelleantes. Las palomas sobrevolaban a la luna, la picoteaban, la acariciaban.

Y todo esto se hacia más evidente al mirar los cosas desde el bosque negro de naranjos. Y los abuelos allí sentados, inmóviles, con sus batones en rosa pálido, sus aciagas trenzas.

Siempre tenían en la mano algo excesivamente brillante, lo mostraban, lo escondían. ¿Es que se cayó una paloma? — yo me acercaba, espiaba, suplicaba — ¿o es una liebre de los lirios?

Pero ellos, daban siempre una respuesta extraña: — Es un santo, — decían — es San Carlos, San Cristóbal, es Santa Isabel.

No puedo ordenar mis recuerdos.
La luna me los desbarata cada vez.

xix

Más allá de la tierra, por el aire, en el plenilunio, como una vara de azucenas, su costado se carga sin tregua, de jacintos, de narcisos, de azucenas. Los lobos al mirarle se amilanan; los cordeiros se arrodillan, locos de amor y de miedo. Él ambula, va, como un candelabro errante, como una hoguera, va hacia la casa, pasa junto a los armarios, al hogar; con sólo mirarlas asa las manzanas,

las abrillanta, las envuelve en papel confitado, echa piedrecillas de colores en el arroz, hace fosferecer los panes y las peras. Se hincan en mitad de la mesa como una vara de yuca por noviembre, caza una estrella, se carga de velitas, de piñones, botellitas. Va hacia el dormitorio, gira sobre mi sueño, sobre mis ojos bien abiertos; se sostiene en el aire como una corona hecha por tres hileras de perlas, como una lámpara. Es un pez, una rama de coral fuera del agua con cada coral bien henchido igual que un pimpollo o como un labio. Vuelve hacia la luna; ahuyenta a los caballos, las lechuzas, que se precipitan en vuelo en un instante y se detienen. Me llama. A mí que estoy desvelada; y nos vamos más allá de las colinas, de los labriegos nocturnos que quisieran segarla como a una hortensia.

xxiii

Los gladiolos son de mármol, de plata pura, de alguna tela fantasma, de organdí; son los huesos de María Santísima, que aún andan por este mundo.

Hace mucho me persiguen esas varas espectrales. Por la noche cruzan la ventana; si estoy soñando se entran en mi sueño, si me despierto, están de pie junto a la cama.

Los gladiolos son como los ángeles, como los muertos. ¿Quién me libra de esa vara tenue, de la mirada de ese ciego?

xxxv

Me acuerdo de los repollos acresponados, blancos, — rosanieves de la tierra, de los huertos —, de marmolina, de la porcelana más leve, los repollos con los niños dentro.

Y las altas acelgas azules.

Y el tomate, riñón de rubíes.

Y las cebollas envueltas en papel de seda, papel de fumar, como bombas de azúcar, de sal, de alcohol.

Los espárragos gnomo, torrecillas del país de los gnomos.

Me acuerdo de las papas, a las que siempre plantábamos en el medio un tulipán.

Y las víboras de largas alas anaranjadas.

Y el humo del tabaco de las luciérnagas, que fuman sin reposo.
Me acuerdo de la eternidad.